



TODA
BUENA
OBRA



Conectando tu trabajo con
el trabajo de Dios

TIMOTHY
KELLER



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Toda buena obra: Conecta tu trabajo con el trabajo de Dios
Copyright © 2018 por Timothy Keller

Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248.88
Clasifíquese: CRISTIANISMO / OBRA EVANGELÍSTICA / ENSEÑANZA BÍBLICA

Publicado originalmente por Penguin Group con el título *Every Good Endeavor: Connecting Your Work to God's Work* © 2012 por Timothy Keller.

Edición: Grupo Scribere

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas RVC se tomaron de la Reina Valera Contemporánea®, © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera 1960®© 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Reina-Valera 1960 ® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NBLH se tomaron de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy®, © 2005 The Lockman Foundation. Derechos Reservados. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVA se tomaron de la Reina Valera Actualizada, © 2015 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4627-9179-8

Impreso en EE. UU.
1 2 3 4 5 * 21 20 19 18

Al personal y a los líderes voluntarios del Centro para la fe y el trabajo de la iglesia Redeemer, quienes han ayudado a nuestra congregación a ver que el evangelio realmente lo cambia todo.

Contenido

| | |
|---|----|
| Prólogo de Katherine Lear Alsdorf | 11 |
| Introducción | 19 |

PARTE UNO

EL PLAN DE DIOS PARA EL TRABAJO

UNO

| | |
|-----------------------------|----|
| El diseño del trabajo | 35 |
|-----------------------------|----|

DOS

| | |
|-------------------------------|----|
| La dignidad del trabajo | 47 |
|-------------------------------|----|

TRES

| | |
|-------------------------------|----|
| El trabajo como cultura | 57 |
|-------------------------------|----|

CUATRO

| | |
|--------------------------------|----|
| El trabajo como servicio | 67 |
|--------------------------------|----|

PARTE DOS

NUESTROS PROBLEMAS CON EL TRABAJO

CINCO

| | |
|--|----|
| El trabajo se vuelve infructuoso | 87 |
|--|----|

SEIS

| | |
|------------------------------------|-----|
| El trabajo se vuelve absurdo | 101 |
|------------------------------------|-----|

SIETE

| | |
|------------------------------------|-----|
| El trabajo se vuelve egoísta | 117 |
|------------------------------------|-----|

OCHO

| | |
|---|-----|
| El trabajo revela nuestros ídolos | 133 |
|---|-----|

PARTE TRES**EL EVANGELIO Y EL TRABAJO****NUEVE**

Una nueva historia para el trabajo 159

DIEZ

Un nuevo concepto del trabajo. 189

ONCE

Una nueva concepción del trabajo..... 205

DOCE

Un nuevo poder para el trabajo 235

EPÍLOGO:

Dirigir a las personas para que integren su fe con el trabajo..... 251

Notas..... 263

Sobre los autores..... 281

Prólogo

En 1989, un colega me invitó repetidas veces a visitar su iglesia, la incipiente Redeemer Presbyterian Church en Manhattan. Pero durante años yo había acumulado cierta reticencia hacia la iglesia. Había resuelto que la religión que practicaba mi familia era más un asunto de forma que de sustancia y que el pensamiento ilustrado desbarataría mi más mínima inclinación a practicarla. Con todo, la iglesia Redeemer captó mi atención en varios sentidos: el pastor era inteligente y hablaba como una persona normal, se tomaba la Biblia en serio y trataba de aplicarla a aspectos de la vida que eran importantes para mí, como mi trabajo.

Pocos años más tarde, decidí que era hora de comprometerme con la fe y «entregar mi vida» a la verdad y a las promesas de la Biblia. Realmente temía que este compromiso pudiera ponerle fin a mis ambiciones materiales y profesionales, porque dos de mis hermanos que se convirtieron al cristianismo habían sido «llamados» al servicio en las misiones. Uno vivía en el área rural de África, sin agua potable ni electricidad. Si de veras iba a poner a Dios en primer lugar, tenía que estar lista para servirle *en cualquier sitio*. Y así lo hizo. Unas semanas después de mi decisión, me sorprendió la repentina enfermedad de mi jefe, el presidente ejecutivo, y su propuesta para que tomara el liderazgo de la compañía. Dadas las circunstancias, lo tomé como una señal de que el Señor quería que hiciera mi parte no en el tercer mundo, sino en el mundo de los negocios.

Durante la siguiente década, serví en la dirección ejecutiva de varias compañías tecnológicas en Nueva York, Europa y el Valle de Silicio. En cada trabajo y cada día luché con lo que significaba ser una líder de negocios llamada a servir a Dios. La iglesia Redeemer y su pastor principal,

Tim Keller, me dieron fundamentos sólidos. Aprendí que el evangelio de Jesucristo me cambiaba y, como resultado, el Señor me usaba tanto en mis relaciones con los demás como en la forma de dirigir compañías. Buenos conceptos, pero ¿cómo llevarlos a la práctica?

Los modelos eran escasos y, a menudo, parecían vestigios de aquellos tiempos cuando la mayoría de los estadounidenses asistía a la iglesia. Un presidente ejecutivo me dijo que siempre mantenía su Biblia sobre el escritorio y que a veces alguien en la compañía le preguntaba al respecto; otro, que oraba por la prosperidad de la empresa. Muchos veían sus trabajos corporativos principalmente como un medio para ganar dinero y así poder donarlo a entidades benéficas y a organizaciones que sustentaban. Cuando le preguntaba a pastores y a empresarios sobre los vínculos entre su fe y el trabajo, con frecuencia me respondían que la misión principal de un cristiano allí donde laboraba, era evangelizar a sus compañeros de trabajo. En cambio, una gran parte de los empresarios estimaba que la evangelización no estaba dentro de sus dones. Ninguno de tales planteamientos abordaba el asunto de cómo la fe cristiana debe influenciar el *modo* en que trabajamos.

El nuevo mundo de la tecnología, en particular en la década de 1990, estaba en su mayor apogeo. Nuestra cultura veía a los empresarios y a los ingenieros como dioses, y la tecnología era la respuesta a todos los problemas del mundo. Mis empleados tenían más fervor evangélico sobre la visión (y las tecnologías) de la compañía que el que jamás había visto en las personas de otras iglesias; y la esperanza de una oferta pública inicial en la bolsa de valores era mucho más tangible y motivadora que las elucubraciones etéreas de un cielo tal como lo describe el mundo cristiano. Gran parte del tiempo laboré con gente realmente buena, personas de carácter, maduras y dignas de admiración que trabajaban duro para contribuir de forma tangible en el mundo, y para lo cual no

parecían necesitar la iglesia o al Jesús bíblico. Aprendí grandes lecciones de personas que no compartían mi fe, entre ellas la alegría en la labor diaria, la paciencia y la esperanza, el trabajo en equipo y decir la verdad. Cuando mi personal se marchaba para un fin de semana de meditación parecía regresar más revitalizado que aquellos que habían adorado juntos el domingo en una iglesia cristiana evangélica. Empecé a ver mi trabajo como una prueba donde Dios me golpeaba y me trituraba, y no como un lugar donde estaba sirviéndole activa y eficazmente.

Creía en la verdad del evangelio: que Dios creó todas las cosas, y al hombre a Su imagen y que envió a Su Hijo a redimir todo lo que se había perdido. Creía que Dios tenía un propósito para mí como trabajadora y como líder, y que junto con muchas otras personas podíamos hacer una diferencia positiva en el mundo. Sin embargo, no sabía cómo vivir el plan de Dios en ese puesto de trabajo tan competitivo, con la filosofía de ganar a cualquier precio, que yo dirigía y administraba.

Aparte de Redeemer, me di cuenta que las iglesias no orientaban cómo hacerlo. Muchos pastores estaban más interesados en ayudarnos a servir dentro de la iglesia que en disciplarnos y prepararnos para hacerlo en el mundo. En los tiempos de auge del Valle de Silicio, a finales de la década de 1990, algunas congregaciones parecían no darse cuenta de la descomposición en el mundo o en ellas mismas. A quienes les preocupaban profundamente los pobres no pensaban que los sistemas, las estructuras y las culturas de nuestras industrias pudieran ser la causa de las fracturas en nuestra cultura norteamericana. Poner en práctica mi fe en mi trabajo parecía estar relegado a pequeños gestos simbólicos, a la abstinencia santurrón de ciertas conductas y a las orientaciones políticas sobre los temas culturales y legales del día.

La última compañía que dirigí, poseía una extraordinaria experiencia de liderazgo. Sustituí al fundador, quien había atraído a la mayoría del

personal y a los primeros clientes con la visión maravillosa de la novedad de los productos y de las proyecciones al salir a la bolsa de valores. A principios del año 2000, se produjo una pugna por nuestra compañía entre los bancos de inversión, los cuales nos cortejaban con buenas ofertas públicas iniciales de 200 a 350 millones de dólares estadounidenses. Todavía no teníamos productos, pero varios estaban en fase beta con los primeros usuarios. Mi trabajo era ganarme la confianza del personal, los inversionistas y los clientes, mientras lanzábamos productos que cumplían nuestras promesas y generaban dinero fresco para recuperar la inversión. Hubo presiones cada día para avanzar en todas las áreas. En el proceso pensé desesperadamente cómo el evangelio podía encajar en todo esto. Estas son algunas observaciones que hice durante ese tiempo:

- El evangelio me asegura que a Dios le interesa todo lo que hago y que escucha mis oraciones. Quizás no las responda de la manera que quiero, pero si no lo hace es porque sabe cosas que yo no conozco. Mi nivel de éxito o fracaso es parte de Su plan perfecto para mí. Él es mi fuente de fortaleza y perseverancia
- El evangelio me recuerda que a Dios le interesan los productos que hago, las compañías para las que trabajo y los clientes a los que sirvo. Él no solo nos ama, sino que ama a ese mundo al cual quiere que sirvamos bien. Mi trabajo es una manera decisiva en la que Dios cuida a los seres humanos y renueva Su creación. Él nos da nuestra perspectiva y nuestra esperanza
- El evangelio es buenas noticias. Como señaló el pastor y consejero Jack Miller: «Ánimo, porque eres más pecador de lo que imaginabas, pero Dios te ama más de lo que creías». ¹ Es decir, continuaré equivocándome y pecando, y con todo Dios prevalecerá en mi vida a través de Su gracia y bondad

- El evangelio le da sentido a nuestra labor como líderes. Se supone que debemos tratar a todas las personas y a su trabajo con dignidad. Debemos crear un ambiente en el cual la gente se desarrolle y use los dones que Dios les dio para contribuir a la sociedad. Debemos ser un ejemplo de gracia, de verdad, de esperanza, de amor en las organizaciones que creamos
- Debemos expresar nuestra relación con Dios y Su gracia en nuestra forma de hablar, de trabajar y de dirigir, no como ejemplos perfectos, sino como personas que mostramos a Cristo

Tras 18 meses de incansable trabajo, la compañía fracasó. Fuimos parte de la burbuja de Internet, y cuando explotó, nos arrastró con ella. Aunque llevamos nuestros productos al mercado, no pudimos recaudar los fondos adicionales que necesitábamos cuando se agotó el capital de riesgo. Conservamos a los banqueros que comprarían para un cliente que nos permitiera mantener el producto en marcha, retener parte del personal y garantizarles algún rendimiento a nuestros inversionistas. Sin embargo, los temores en el mercado asustaron al cliente que habíamos estado enamorando solo días antes de firmar el acuerdo. Tuve que despedir a 100 personas al día siguiente y luego vender nuestra propiedad intelectual.

¿Cómo todo este excelente y arduo trabajo podía terminar tan mal? Mis preguntas y protestas individuales hacia el Señor tenían distintos niveles, incluido lo empresarial y lo industrial ¿Por qué Dios no había permitido nuestro éxito cuando era claro que me había «llamado» para este trabajo? Había tratado de hacer lo correcto para nuestro personal, y ahora no tenían empleo en un mercado colapsado. Me preguntaba si había contribuido a crear esta «burbuja» de Internet y había derrumbado, con la propia perspectiva de nuestra compañía, la obtención de ganancias

con valoraciones astronómicas. ¿Cuáles eran mis responsabilidades para con las partes interesadas, incluyendo a la cultura en general? Los únicos empresarios cristianos que había escuchado eran aquellos que daban el crédito a Dios por sus grandes éxitos; ¿cómo debía enfrentar la quiebra? Quería un evangelio que tuviera buenas noticias, incluso para esto.

Con todo, algo asombroso sucedió cuando anuncié que el próximo día sería el último, aunque, debo admitir que me tomó algún tiempo valorar plenamente toda la belleza y la enseñanza de lo que observé. El personal, por su propia cuenta, planificó reunirse al día siguiente, sin salario, para celebrar la relación que había nacido entre ellos, así como el trabajo que habían hecho. Aunque la celebración fue agri dulce, trajeron instrumentos musicales, demostraron el taichí que enseñaban por las tardes y se rieron de los momentos divertidos que habían pasado juntos. Quedé sorprendida. Ellos estaban honrando una cultura, una organización, en la cual encontraron alguna alegría mientras trabajaban y en las relaciones con los demás, pese al resultado final. Con el tiempo llegué a ver ese día como un destello de Dios en el trabajo, al hacer lo que Él hace: sanar, renovar y redimir.

Creo que podría llamarse justicia poética que la respuesta a todo mi desencanto por la falta de apoyo de las iglesias fue que seis meses más tarde, Redeemer Presbyterian Church me invitó a regresar a Nueva York para que ayudara a comenzar un ministerio en el área del comercio y los negocios. Luego de una década de luchar con Dios, de reflexionar sobre el poder transformador del evangelio y de quejarme por la falta de apoyo y dirección de la iglesia en cuanto al trabajo, me ofrecieron la oportunidad de ayudar a otros a experimentar mejor la esperanza y la verdad del evangelio en sus llamados vocacionales.

Este libro aborda algunas maneras fundamentales de concebir a Dios, a Jesús y al Espíritu Santo; quiénes somos en relación con la Trinidad,

y cómo esto afecta la labor para la que el Señor nos creó. En nuestras comunidades debemos pensar cómo trabajamos, de acuerdo al contexto de nuestra cultura, la época en que vivimos, la vocación y la organización. Pero las respuestas parten de una teología esencial: conocer quién es Dios, Su relación con el hombre, Su plan para el mundo y cómo las buenas noticias (o el evangelio) de Cristo transforma nuestras vidas y la manera en que trabajamos.

Agradezco a Tim Keller por la forma en que él ha aplicado el evangelio a nuestras vidas laborales en el curso de su predicación y liderazgo en los últimos 25 años. Y agradezco que haya dedicado tiempo a escribir esos fundamentos en este libro, de manera que todos podamos examinar con mayor profundidad cómo Dios nos llama a vivir fielmente cuando trabajamos.

Katherine Leary Alsdorf
Directora ejecutiva, Redeemer's Center for Faith & Work

UNO

El diseño del trabajo

Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora. [...] Dios el Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara...

Génesis 2:1-3,15

En el principio, había trabajo

La Biblia empieza a hablar sobre el trabajo tan pronto inicia la narración. Eso implica cuán importante y básico es. El autor del Libro de Génesis describe la creación del mundo por Dios como *trabajo*.²⁰ En realidad, él documenta el magnífico proyecto de la invención del cosmos dentro de una semana regular de trabajo de siete días.²¹ Y luego muestra que los seres humanos trabajaban en el paraíso. Esta visión del trabajo —conectado con la creación divina y ordenada y con el propósito humano— es diferente entre las grandes fes y sistemas de creencia del mundo.

El relato de Génesis es único en comparación con otras historias antiguas sobre nuestros orígenes. Muchas culturas de la antigüedad describían el principio del mundo como un resultado del enfrentamiento entre fuerzas cósmicas. En la historia babilónica de la creación, el *Enuma Elish*, el dios Marduk, venció a la diosa Tiamat y de sus restos formó la tierra. Tanto en este como en otros relatos similares, el universo visible es producto de un frágil equilibrio de fuerzas opuestas.²² Sin embargo, en la Biblia, la creación no es el resultado de un conflicto, porque Dios no tiene rivales. Sin duda, todos los poderes y las criaturas celestiales y de la tierra fueron creados por Él y dependen de Él.²³ Entonces, la creación no es el resultado de una batalla, sino el plan de un artesano. Dios no hizo el mundo como un guerrero que cava una trinchera, sino como un artesano que crea una obra maestra.

El relato griego sobre la creación incluía la idea de las «edades del hombre» que comenzaba con la edad de oro. En esa época, los seres humanos y los dioses vivían juntos en armonía sobre la tierra. A primera vista, se asemeja vagamente a la historia del Jardín de Edén, pero una diferencia resulta reveladora. El poeta Hesíodo expresaba que ni los humanos ni los dioses en la edad de oro tenían que trabajar. En ese paraíso original, la tierra proporcionaba alimento en abundancia.²⁴ El Libro de Génesis es diferente por completo. Repetidas veces los primeros capítulos del texto bíblico, describen a Dios en el «trabajo» según el hebreo *mlkb*, la palabra para el trabajo humano corriente. Como lo indica un académico, es totalmente «inesperado que se describa así la extraordinaria actividad divina que participa en la creación de los cielos y la tierra».²⁵

Entonces, en el principio, Dios trabajó. El trabajo no fue un mal necesario que entró en escena más tarde, y para lo cual fueron creados los seres humanos, ni una actividad inferior al mismo gran Dios. No,

el Señor trabajó por la alegría de hacerlo. El trabajo no podía haber tenido un inicio más glorioso.

Las formas de la obra de Dios

Es extraordinario que en el capítulo 1 del Libro de Génesis, el Señor no solo trabajó, sino que lo hizo con placer. «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno [...]. Así quedaron terminados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos» (Gén. 1:31; 2:1). Dios estimó hermoso lo que había hecho. Se paró, consideró «todo lo que había hecho», y declaró: «¡Eso es bueno!». Como todo trabajo bien hecho y satisfactorio, el trabajador se ve a sí mismo en él. «La armonía y la perfección de los cielos y la tierra terminados expresan más adecuadamente el carácter de Su Creador que cualquiera de sus componentes por separado».²⁶

El segundo capítulo del Libro demuestra también que Dios trabajó no solo para crear, sino que además cuida de Su creación. A esto los teólogos llaman la obra de la «providencia». Tras crear a los seres humanos, Dios trabaja para ellos como Su proveedor. Formó a un hombre (Gén. 2:7), para el cual plantó un jardín y lo regó (Gén. 2:6,8) e hizo una mujer (Gén. 2:21-22). El resto de la Biblia nos enseña que Dios continúa Su trabajo como proveedor, porque cuida el mundo al regar y hacer crecer las plantas (Sal. 104:10-22), da alimento a cuanto Él ha hecho, ayuda a quienes sufren y atiende las necesidades de todo ser viviente (Sal. 145:14-16).

Por último, vemos al Señor no solo trabajando, sino que comisiona a los trabajadores para llevar adelante Su obra. En Génesis 1:28 Dios mandó a los seres humanos: «... llenen la tierra y sométanla...». La palabra «sometanla» expresa que, aunque todo lo que Dios había hecho era bueno, había todavía mucho sin desarrollar. Él dejó la creación con una gran parte sin explotar para que las personas la desarrollaran mediante el trabajo.²⁷ En Génesis 2:15 puso a los seres humanos en un jardín para que

«lo cultivara(n) y lo cuidara(n)». Esto significa que, aunque Dios trabaja para nosotros como nuestro proveedor, también nosotros trabajamos para Él. Sin duda, el Señor trabaja *a través* nuestro. En Salmos 127:1, leemos: «Si el Señor no edifica la casa, en vano se esfuerzan los albañiles». Esta afirmación indica que Él está construyendo la casa (porque provee para nosotros) por medio de los que la construyen. Martín Lutero sostenía que Salmos 145 declara que Dios alimenta a todo ser viviente, lo que da a entender que Él nos da el alimento mediante la labor de los agricultores y de otras personas.²⁸

La bondad de nuestro trabajo

El Libro de Génesis nos enseña con una sorprendente verdad: el trabajo era parte del paraíso. Un erudito lo resume así: «Es evidente que el buen plan de Dios siempre implicó que los seres humanos trabajaran, o, en términos más concretos, que vivieran en el ciclo constante de trabajo y descanso».²⁹ De nuevo, el contraste con las otras religiones y culturas no podría ser más marcado. El trabajo no apareció después de una edad dorada de ocio. Era parte del diseño perfecto de Dios para la vida humana, porque somos hechos a Su imagen, y parte de Su gloria y alegría es que Él trabaja, como lo hace Su Hijo, quien declaró: «... Mi Padre aún hoy está trabajando, y yo también trabajo» (Juan 5:17).

La realidad de que el Señor puso el trabajo en el paraíso nos sorprende porque a menudo pensamos que el trabajo es un mal necesario e incluso un castigo. Sin embargo, no vemos que el trabajo formó parte de la historia humana después de la caída de Adán, como parte de la separación y la maldición resultante; y estaba dentro de la bendición del jardín de Dios. El trabajo es una necesidad básica humana como el alimento, la belleza, el descanso, la amistad, la oración y la sexualidad; no es solo medicina, sino también alimento para nuestra alma. Sin trabajo

significativo sentimos una gran pérdida y vacío internos. Las personas que son separadas de su trabajo por razones físicas o de otra índole, pronto descubren cuánto necesitan trabajar para crecer emocional, física y espiritualmente.

Nuestros amigos Jay y Barbara Belding, empresarios en los suburbios de Filadelfia (Estados Unidos), reconocieron esta necesidad aun entre los adultos con discapacidades. Mientras trabajaba como maestro de educación especial, Jay se sintió desconcertado por los prospectos vocacionales de sus estudiantes después de terminar la escuela. La capacitación vocacional tradicional y los programas de empleo muchas veces no ofrecían suficiente trabajo, por eso tenían mucho tiempo libre sin ganar un salario. En 1977 Jay y Barbara establecieron Associated Production Services, una empresa que ofrecía formación y empleo de calidad para esta población. En la actualidad, la compañía capacita a 480 personas, en cuatro diferentes instalaciones, que se dedican a una diversidad de embalaje a mano y trabajo de montaje para una serie de compañías de artículos para el consumo. Jay se ocupa de proveer técnicas y sistemas que aseguran la calidad y aumentan la eficiencia y la producción; esto ayuda a crear una cultura de buenos resultados para la compañía y para la gente a la cual sirven. La familia Belding está emocionada y agradecida por haber encontrado una manera práctica y sustentable de satisfacer la necesidad que tenían sus empleados de ser productivos: «Nuestra gente quiere participar en el mundo del “trabajo diario”; sentirse bien consigo mismos y ayudar a cubrir sus propios gastos». En definitiva, sus empleados pueden responder cabalmente a un aspecto vital de su diseño como trabajadores y creadores.

El trabajo es tan esencial para nuestra constitución que es una de las pocas cosas que podemos tomar en dosis importantes sin sufrir daño. Sin duda, la Biblia no enseña que deberíamos trabajar un día y descansar

seis, ni que trabajar y descansar deben estar equilibrados a partes iguales, sino que nos lleva a la proporción inversa. El ocio y el placer son grandes bienes, pero solo resistimos hasta cierto punto. Si les preguntas a las personas en los asilos o en los hospitales cómo se sienten, con frecuencia escucharás que lamentan no tener qué hacer para ser útiles a otros. Sienten que tienen demasiado tiempo libre y poco trabajo, cuya pérdida nos preocupa porque fuimos diseñados para él. Tal convicción le ofrece un significado mucho más profundo y positivo a la opinión general de que las personas trabajan solo para sobrevivir. Según la Biblia, no solo necesitamos el dinero que nos da el trabajo para nuestro sustento; necesitamos el trabajo para sobrevivir y vivir a plenitud.

Las razones para esto se desarrollan con más detalle en los últimos capítulos, porque, junto a otros argumentos, mediante el trabajo podemos ser útiles a los demás y no solo vivir la vida para nosotros mismos. También mediante el trabajo descubrimos quiénes somos, porque llegamos a entender nuestras distintas destrezas y dones, un componente importante en nuestras identidades.³⁰ Por eso, la autora Dorothy Sayers, escribió: «¿Cuál es la concepción cristiana sobre el trabajo? [...]. No es, principalmente, lo que uno hace para vivir, sino lo que uno vive para hacer. Es, o debería ser, la expresión completa de las facultades del trabajador [...] el medio por el cual se ofrece a sí mismo a Dios».³¹

La libertad de nuestro trabajo

Ver el trabajo en nuestro «ADN», nuestro diseño, es parte de lo que implica comprender la clara interpretación cristiana de la libertad, la cual a la gente moderna le gusta ver como la completa ausencia de restricciones. Pero piensa en un pez. Absorbe oxígeno del agua, no del aire, por eso es libre solo en el medio acuoso. Si «liberas» un pez del río y lo colocas sobre el césped, entonces destruyes su libertad para explorar o incluso su

vida. El pez no es más libre, sino menos libre, porque no puede honrar la realidad de su naturaleza. Esto también es cierto con los aviones y los pájaros. Si violan las leyes de la aerodinámica, se estrellarán en el suelo. Pero si las siguen, ascenderán y volarán. También se cumple en muchas áreas de la vida: La libertad no es tanto la ausencia de restricciones, sino encontrar las correctas, aquellas que concuerdan con las realidades de nuestra propia naturaleza y las del mundo.³²

Así que los mandamientos en la Biblia son un medio de liberación, porque a través de ellos Dios nos llama a ser aquello para lo que fuimos diseñados. Los automóviles funcionan bien cuando sigues el manual del usuario y respetas el diseño. Si no le cambias el aceite nadie te multa o te lleva a la cárcel, simplemente tu automóvil se averiará porque has violado su naturaleza. Sufrirás una consecuencia natural. De igual forma, la vida humana funciona como es debido solo cuando se rige por el «manual del usuario»: los mandamientos de Dios. Si los desobedeces no solo causas tristeza y deshonras al Señor, sino que en realidad actúas contra tu naturaleza y diseño. Así leemos en Isaías 48, cuando Dios amonestó al desobediente Israel: «Así dice el Señor, tu Redentor, el Santo de Israel: Yo soy el Señor tu Dios, que te enseña lo que te conviene, que te guía por el camino en que debes andar. Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia, como las olas del mar» (Isa. 48:17-18).

Esto también ocurre con el trabajo, el cual (en sincronía con el descanso) es uno de los Diez Mandamientos. «Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer» (Ex. 20:9). En el principio Dios nos creó para trabajar, y ahora nos llama y nos guía de forma inequívoca a que vivamos esa parte de nuestro diseño. Este no es un mandamiento gravoso, es una invitación a la libertad.

Los límites de cualquier trabajo

Con todo, es significativo que Dios mismo descansara después de trabajar (Gén. 2:2). Muchos cometen el error de pensar que el trabajo es una maldición y que solo a través de otras cosas (como el ocio, la familia e incluso los asuntos «espirituales») podemos darle sentido a la vida. La Biblia, como hemos visto y veremos, desmiente esta idea. Pero además nos guarda de caer en el error contrario de considerar el trabajo como la única actividad humana importante y el descanso como un mal necesario, algo que hacemos de forma rigurosa para «recargar nuestras baterías» y continuar trabajando. Sin embargo, consideremos lo que conocemos sobre Dios. Él no necesitaba recuperar Su fuerza, aunque descansó en el séptimo día (Gén. 2:1-3). Como seres hechos a Su imagen, podemos asegurar que el descanso, y las actividades relacionadas con él son buenos y vivificantes. El trabajo no lo es todo en la vida. No tendrás una existencia significativa sin trabajo, pero no puedes afirmar que tu trabajo es lo que le da sentido a tu vida. Si haces de cualquier trabajo tu propósito clave, incluso si esa labor fuera un ministerio de la iglesia, creas un ídolo que compite con Dios. Tu relación con el Señor es el aspecto más importante de tu vida, y sin duda, evita que todos los otros factores —el trabajo, las amistades y la familia, el ocio y el placer— lleguen a ser tan importantes para ti que se vuelvan adictivos y distorsionados.

Josep Pieper, filósofo católico alemán del siglo xx, escribió un famoso ensayo llamado *Leisure, the Basis of Culture* [Ocio: la base de la cultura]. Pieper sostenía que el ocio no es solo la ausencia de trabajo, sino una actitud de la mente o del alma en la cual puedes contemplar y disfrutar las cosas como son en sí mismas, sin reparar en su valor o utilidad inmediata. La mente obsesionada con el trabajo —como en nuestra cultura occidental— tiende a verlo todo en términos de eficacia, valor y rapidez. Sin embargo, también debe haber una capacidad para

disfrutar de los aspectos más simples y ordinarios de la vida, incluso los que no son tan útiles, sino solo agradables. El austero reformador Juan Calvino, para nuestra sorpresa, está de acuerdo. En su enfoque de la vida cristiana, advertía ante el peligro de valorar las cosas solo por su utilidad:

Ahora bien, si consideramos el fin para el cual Dios creó los alimentos, veremos que no solo quiso proveer para nuestra subsistencia, sino que también tuvo en cuenta el placer y la satisfacción. De igual manera, en los vestidos, además de la necesidad, pensó en lo que resulta decoroso y honesto. En las hierbas, los árboles y las frutas, además de sernos útiles, quiso alegrar nuestros ojos con su hermosura, añadiéndoles también una suave fragancia [...]. ¿No nos ha dado innumerables cosas, que debemos estimar, aunque no sean tan necesarias?³³

Es decir, debemos verlo todo y expresar algo como:

Todas las cosas brillantes y hermosas; todas las criaturas grandes y pequeñas.

Todas las cosas sabias y maravillosas, todas las hizo el Señor nuestro Dios.³⁴

A menos que con regularidad detengamos la labor, tomemos tiempo para adorar (lo cual considera Pieper una de las actividades principales dentro del «ocio»), y simplemente contemplemos y disfrutemos el mundo —entre otras cosas el fruto de nuestra labor—, no podemos experimentar de verdad el sentido de nuestras vidas. Pieper escribió:

El ocio es un estado que considera todas las cosas con un espíritu de celebración [...]. El ocio vive del consenso. No es lo mismo que la falta de actividad [...]. Es más bien el silencio en la conversación de una pareja que se alimenta de su propia unidad [...] y como manifiesta la Escritura, Dios miró, cuando descansó de todas las obras que había hecho, que todo era muy bueno, muy bueno (Gén. 1:31), entonces el ocio humano abarca en sí mismo una incesante contemplación que celebra y aprueba la realidad de todo lo creado.³⁵

En síntesis, el trabajo —y mucho de este— es un componente indispensable en una vida humana significativa. Es un don supremo de Dios y uno de los elementos principales que dan propósito a nuestra existencia. Sin embargo, debe desempeñar el papel que le corresponde, subordinado a Dios. Debe con regularidad ceder a la suspensión del trabajo para la restauración física y para recibir el mundo y la vida ordinaria con alegría.

Esto nos parece evidente; manifestamos: «De veras el trabajo es importante, aunque no es lo único en la vida». Pero es crucial entender bien estas verdades. Porque en un mundo caído, el trabajo frustra y agota; uno puede fácilmente concluir que debemos evitarlo o soportarlo. Y como nuestros corazones desordenados ansían una reafirmación, tendemos a ir en la dirección opuesta, hacer que la vida se trate de logros profesionales y muy poco de lo demás. En realidad, el trabajar en exceso es a menudo un vano intento de obtener pronto los beneficios económicos de toda una vida de trabajo, de manera que podamos dejarlo atrás. Al final, estas actitudes solo harán el trabajo más sofocante y poco satisfactorio.

Cuando pensamos: «¡Odio el trabajo!», debemos recordar que, aunque puede ser un recordatorio realmente poderoso (e incluso intensificador) de la maldición del pecado sobre esta tierra; no es en sí mismo una maldición. Dios nos diseñó para el trabajo y nos liberó mediante él. No obstante, cuando el trabajo absorbe de lleno nuestras vidas, recuerda que debemos respetar sus límites. No hay mejor inicio para una vida laboral que comprender de manera sólida la teología del balance entre el trabajo y el descanso.